



EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

SUMARIO. Instruccion: por don A. Pírala.—Plegaria á María, Reina de los Angeles y Madre del amor divino, por doña Vicenta García Miranda.—Contra Soberbia Humildad (continuacion).—Julia (Historia de unos amores), por don Pablo Ortega Rey.—Variedades: La Semana Santa en Roma, por don Enrique del Castillo y Alba.—Modas.

INSTRUCCION.

Consideraciones sobre la mujer.

Curiosa, cuando menos, seria la tarea del que se ocupara en el exámen de todos los tipos de la mujer que han presentado los mas notables escritores. El haria resaltar la importancia de esa preciosa mitad del género humano, porque demostraria que todos los hombres de saber la han rendido un culto mas ó menos idólatra; pero siempre respetuoso, sincero, y producido por los mas puros y nobles sentimientos del corazon.

Y no son únicamente los novelistas quienes hacen de la mujer el héroe de sus producciones, ó las colocan en un lugar eminente, lo son los filósofos. El mismo Platon se ocupó en encarecer la utilidad de que la mujer formara al hombre; pero lo que concedia al sexo, lo quitaba á las madres, cuyos hijos pretendia poner al cuidado de todas las mujeres; sin reparar que, aunque todas tuvieran grande amor por los niños, no puede igualarse al de una madre, porque este no tiene ejemplo.

Tertuliano, en medio de aquella sociedad en que la mujer no tenia el ascendiente ni la consideracion que la dieron el cristianismo y

las costumbres caballerescas de la edad media, dedicó dos libros á la mujer, y ya hablara de su hermosura, ya de las bellas prendas que la adornan, demostró lo digna que es de ocupar la atencion de los escritores, esos apóstoles de la humanidad si saben cumplir su sagrada y digna mision.

Pero ¿á qué seguir citando autores? No es tal nuestro propósito, si bien, quizá nos ocuparemos en examinar el juicio que á muchos á merecido la mujer.

Si hubiéramos de emprender concienzudamente nuestra tarea, habríamos de examinar los escritos de los filósofos, de los moralistas, de los Padres de la Iglesia, de los Concilios, de los historiadores, de los políticos, de todos en fin. Y ya nos presenten personajes históricos, ya tipos ideales, al paso que veamos en los primeros la verdad, no desconoceremos la realidad de los segundos; porque no solo se halla la verosimilitud, sino que nadie habrá dejado de conocer á alguna persona que pueda servir de modelo para personificar todos los encantos, todas las virtudes.

Este sexo, tan ensalzado, ha sido y es á la vez el objeto de las mas amargas criticas, de los ataques mas apasionados y violentos; y sin que en ellos haya desmerecido. ¿Qué hay bueno en el mundo que no los sufra?

Sin embargo de todo esto, ¡cuán pocos hay que puedan preciarse de conocer á la mujer! Se la ha considerado el misterio de los misterios; pero ¿quién puede preciarse de conocer al hombre? ¿Dónde está el Edipo capaz de aclarar este arcano?

Contentémonos, pues, con el conocimiento de las bondades y de las virtudes que atesora el sexo, gocemos de sus encantos, y si podemos estimular sus sentimientos hácia el bien, é imprimir en su corazón esa virtud que le dá la naturaleza, su propio instinto, y que es tan necesario á su felicidad, hagámoslo, que su ventura es la nuestra, porque á ella está ligada nuestra vida.

A. Pirala.

LITERATURA.

Plegaria á MARÍA, Reina de los Angeles y Madre del amor divino.

María, de los cielos Emperatriz dichosa,
Que llenas con tu nombre la empírea region;
Luz que del hombre aclaras la vida tenebrosa,
Su faro en la ribera de la eternal mansion:

Tú, vida y esperanza del triste peregrino
Que cruza este desierto con lastimado pié;
Tú, que bordas de flores el áspero camino,
En que desmayar suele su combatida fè:

Tú, á quien continuo claman los tristes desterrados
Del valle de las penas, la angustia y el dolor,
Y á quien sus ojos vuelven en lágrimas bañados
Los hijos adoptivos de tu materno amor:

Tú, puerta del empíreo, que al hombre das entrada
Hasta el excelso trono del santo de Israel:
Tú, fuente de pureza, por Dios mismo sellada:
Tú, que del cielo partes la potestad con él:

Y á quien la luna calza y el sol peina el cabello,
Y las estrellas bordan la alfombra de tus piés:
Tú, que de la serpiente domaste el duro cuello,
Esposa, madre é hija del Dios único y tres:

Tú, que lo puedes todo, ¡oh Virgen sin mancha!
Acorre al desvalido que lucha con teson
Del lago de sus culpas por alcanzar la orilla,
En que naufragar puede su débil corazón.

Estiende bondadosa los pliegues de tu manto
Desde tu mansion alma del mundo en la aridez,
Que en él enjuge el hombre de su dolor el llanto,
Y envuelva de su pecho la triste desnudez.

María! tú del alba purísimo lucero,
Dirije á mí tus rayos que tanto anhelo ver!...
María! cuyo nombre como el de Dios venero,
Alivia del que sufre el crudo padecer!

Vé ¡Madre! á los crueles que tu dolor causaron
El día del Calvario, el día sin igual,
Los que en un mar de penas tu espíritu anegaron
Pedirte que los libres de su aflicción mortal.

Mas ¿cómo de tí aguardan dulcísimo consuelo,
Y que sus males cures se atreven á pedir,
Los que te abandonaron á tu amargura y duelo,
É hicieron á tu Hijo en una cruz morir?

¿Con qué derecho ¡oh Reina! se acercan á tu trono
Los que jamás cejaron ante una ofensa mas,
Y de su negro pecho la rabia y el encono
Al que llamó enemigo no perdonó jamás?

¿Con qué esperanza claman y hasta tus plantas lle-
Los que ciegos del mundo al precipicio van, (gan
Donde el placer los llama, y en él ébrios se anegan,
Y olvidan que tus ojos mirándolos están?

Con qué esperanza? ¡oh Madre! con la esperanza
(cierta
De que tu pecho es todo dulzura y compasión:
Con la esperanza firme que tienes siempre abierta
Para el arrepentido la celestial Sién.

Con esa confianza, purísima María,
Gimiendo me prosterno al lado de tu altar...
Acoje mis lamentos ¡oh dulce Madre mía!
Y envíame un consuelo á mi cruel pesar.

¡Dirije á mí tus ojos purísimos y humanos!
Proteje en este mundo mi misera orfandad!...
A tí elevo, María, mis temblorosas manos,
Clamando: ¡Madre mía! piedad de mí!.. piedad!...

No dejes ¡oh Señora! que el ansia y la fatiga
Acaben con las fuerzas con que luchando estoy
Con tantos enemigos, y á mi pesar maldiga
La vida que arrojando por entre angustias voy.

No dejes que mi rumbo en este mar incierto
Dirija tortuoso por medio de su horror,
Y ya rendida aborde al tenebroso puerto
Del sempiterno llanto, del eternal dolor.

No dejes, tierna Madre, que trás mis cortos dias
Me aparte de tu vista por un tiempo sin fin;
Y en las postreras horas ¡ay! de las ansias mías
De la mundanal vida preséntate al confin.

¡Oh tú del alba hermosa purísimo lucero,
Dirije á mí tus rayos que tanto anhelo ver!
María! cuyo nombre como el de Dios venero!...
María!! tú recoge mi aliento postrimer!

VICENTA GARCÍA MIRANDA.

CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

Inés, que se habia completamente olvidado de aquella desgracia, empezó á temblar, y tuvo que apoyarse en la pared para no caer sobre las baldosas. ¿Cómo arrancar á su padre hasta la esperanza de la única cantidad que le restaba? Devoró su secreto, reprimió su turbacion cuanto le fué posible, y se sentó á los piés de la cama de su madre desahaciéndose en cálculos y proyectos á cual mas descabellados. Al fin, dió un grito de alegría, y corrió á precipitarse en los brazos de su padre como el ciego que vé la luz.

—Padre! padre! esclamaba con alegría... nos salvaremos... nos salvaremos...

—Salvarnos! salvarnos! repetia el viejo atónito; y cómo?

—Sí, nos salvaremos... Dios me inspira un medio, y me allana el camino... Mi generosa madrina acaba de hacerme ofertas, que yo desprecié, porque os creía ricos, pero que aceptaré gustosa antes que veros pobres. No os alarmeis, padre mio, que no saldreis de esta casa que tanto amais, pero yo iré á mi madrina y le diré: «Dadme quince onzas para libertar á Francisco del servicio, y me habeis feliz.» Inés se ruborizó al reflexionar que era ella la que iba á procurar aquella union, pero el abatimiento de su padre le hizo recobrar su entusiasmo y su energía.

—Sí, añadió despues de acariciar con sus manos la plateada cabellera del anciano: Francisco vendrá, y... despues ya no tendreis mas que bendecirnos.... nada os faltará; nosotros consagraremos la vida al placer de veros felices.

—Oh! hija mia! tú nos vuelves la vida y la es-

peranza.... Sí, no te ruborices, Inés, por lo que vas á hacer. Tú no buscas al amante, buscas al esposo, al que salvará á tus padres de la desesperacion y la miseria.

En aquel momento entraron por la puerta los padres y hermanos de Francisco gritando con alegría: Inés! Inés! una carta de él, de él.

—¿Dónde está, dónde está? respondió Inés sobrecogida.

En medio de su angustia, y precipitándose hacia ellos con el corazon palpitante de placer.... sus lágrimas habian desaparecido.

El anciano alzaba los ojos al cielo dándole gracias por haberles enviado aquella carta del que iba á ser su salvador.

El padre de Francisco sacó de su bolsillo la carta, sucia y bastante arrugada ya, que puso en manos de Inés: en aquella reunion era ella la única que sabia leer.

Al percibir en sus dedos el suave contacto del papel satinado, sintió Inés una sensacion de terror inesplicable, y pasando los ojos por el sobre, empezó á desfallecer, quedándose fria y pálida como una muerta.

—Eh! muchacha, qué es eso? gritó el futuro suegro. Te pones mala? qué será cuando leas lo de adentro?

—Es... qué... respondió Inés temblando... me siento así.... tengo frio!.... y temblaba como una tercianaria.

—Pero ¿qué hay en ese sobre que parece que te han pasmado?

—Al padre de Francisco Sotillo, leyó Inés con voz entrecortada.

—Bueno! bueno! lee, lee!

—Ah! murmuró la pobre muchacha... él sabia muy bien como se llamaba su padre.

—Adelante, ¿qué dice? qué dice?

Todos aquellos rostros revelaban esperanza; el de Inés estaba desfigurado como el de un cadáver. Todos estaban pendientes de sus lábios, y ella cada vez mas trémula, no acertaba á arrancar el sello.

Al fin movida por la impaciencia que oscurecia el rostro del padre de Francisco, hizo saltar el sobre, y recorrió asustada los cortos renglones que contenia la carta, dejándose caer en brazos de su padre, gritando con frenesí:

—Muerto! muerto!

—Muerto! exclamaron á una voz todos los circunstantes.

Era una carta de un camarada de Francisco que participaba al padre la fatal desgracia ocurrida

á su hijo en una escaramuza con los franceses.

El padre y hermanos de Francisco salieron de la casa á grito herido, llevándose trás sí todos los ociosos del lugar.

La paralítica oraba con fervor, pidiendo á Dios tuviese piedad de su hija.

En cuanto al padre, anonadado con tantos golpes, estaba hundido en su rincon, llorando con ese llanto silencioso y amargo que cae gota á gota sobre el corazon.

Cuando Inés se vió sola con sus padres, abrió los ojos mirando á todas partes con espanto, y murmurando con una voz que revelaba la fiebre: *Fortuna! amistad! amor! todo, todo! Sola, sola!*

Alzó entonces los ojos al cielo con la espresion del dolor mas amargo, y exclamó dejándose caer de rodillas en las baldosas.

«Hé aquí la sierva del Señor, hágase de mí segun tu palabra.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

JULIA.

HISTORIA DE VIVOS AMORES.

(Continuacion.)

VI.

Son las tres de la mañana, y en esta hora los músicos dan tregua á su ejercicio.

Los enmascarados que carecen de recursos metálicos se disponen á descansar en las lujosas otomanas que circundan el gran salon; los mas favorecidos por la fortuna, se precipitan en revuelto tropel por las avenidas que conducen á los salones del café y del ambigú; los que con toda severidad quieren guardar el incógnito y sostener el misterio de su misteriosa estancia en el teatro, se sepultan en el fondo de un antepalco, ó se guarecen á la sombra que las macilentas luces del mal llamado Paraíso proyecta en sus apartados rincones.

Unos se retiran para descansar; otros para aumentar en el retiro su fastidio; otros para conocer por sí mismos los efectos del *rom* ó del *champagne*; otros para desprenderse de un almacén de años en forma de mujer; otros.... pero pongamos punto y sigamos á esa máscara que con vacilante paso se dirige hácia la araña que se halla cerca de la orquesta. Los lazos de color azul que lucen sobre su

negro capuchon nos dan á conocer á la mujer que los lleva; es nuestra amiga Julia; es esa desventurada niña que corre ciega en busca del tosigo que ha de matar su belleza, su virtud y su vida; es el ángel que hoy descansa en el cielo, y cuya dulce sonrisa viene á mitigar la amargura de nuestro llanto.

Debajo de la araña se halla un hombre, frio como el sepulcro, impassible como la marcha de los tiempos, altivo como la mujer que creyendo tener mérito se ha tasado á sí misma su valor.

—Has sido puntual, Alberto, y te doy por ello las mas espresivas gracias.

—Cuando sabes mi nombre y me has dicho que te espere en este sitio, supongo que debes conocerme.

—No mucho.

—Entonces....

—Quieres que nos retirémos de aquí? Mis amigas estarán buscándome y si me encontráran pronto no podria hablar contigo.

—Estoy á tus órdenes máscara.

En uno de los rincones que forma la union de la platea con el escenario, habia un pequeño sitio desocupado, y Julia y Alberto tomaron posesion de él.

—Has amado alguna vez, Alberto?

Una imperceptible sonrisa, mezcla de desden y amargura rodó ligera por los lábios de éste.

—Acabas de hacer una pregunta máscara, á la que me es imposible contestarte.

—Por qué motivo?

—Porque han desaparecido de mi memoria uno trás otro todos los recuerdos de mi juventud.

—Tan viejo eres que consideras lejana esa época de tu vida?

—Treinta años...

—Y á esa edad no conservas recuerdos?

—Ni recuerdos, ni esperanzas.

—Tampoco esperanzas?

—Tampoco, máscara.

—Pues qué muralla se ha levantado Alberto en tu camino, que así te impide ver los pasos dados, como los que aun te quedan por dar?

—Una muralla, amasada con lágrimas y sangre.

—Luego eres desgraciado. ¿Es triste tu historia?

—No intentes nunca conocerla.

—Yo simpatizo con los que sufren, y hallo un placer en darles consuelo.

—Es una obra de caridad que te agradezco, pero que no me es necesaria.

—Tan bien te encuentras en ese estado?
—Es en el que gozo de una felicidad completa.
—Completa sin vivir de recuerdos, sin alimentar esperanzas?

—Si viviese de los primeros seria mártir, si alimentase las segundas loco. Para qué pues hacer caso de los unos ni de las otras? Y además, para qué sirve todo eso?

—Para qué sirve, dices? La esperanza es el bálsamo que destruye la tristeza de los recuerdos; el anuncio constante de la felicidad; la virtud bellísima en cuyo seno se alberga el consuelo; el alimento divino, que nutre al alma de goces purísimos, y que inunda de placer al corazón.

—Corazón, corazón; eso será bueno para quien le tenga.

—Cosa mas rara! ¿Pues qué tú no le tienes?

—Por raro que te parezca, máscara, no le tengo. Mis ojos lo arrojaron en pedazos hace ya mucho tiempo.

—Algunos fragmentos quedarán todavía. Una mano bienhechora podría unirlos y darles nueva vida.

—Y esa mano sería?...

—La de una mujer.

—Já, já, já. Adivinaba tu contestación.—Una mujer, un amor, ¿no es esto? Já, já, já.

—Te ríes, Alberto? Tan imposible te parece?

—Imposible; sí, porque amor es un sentimiento desconocido para vosotras; una palabra vacía de sentido, puesta por lujo en el Diccionario, ó que si algo dice es cuando se la toma como sinónimo de falsedad, de perfidia y de mentira. Imposible, máscara, imposible, porque la mano de la mujer es el aire maldito que seca cuanto toca.

—Por la amargura que encierran tus palabras veo que debes haber sufrido mucho.—Quizá alguna mujer mató tus ilusiones.

—De una manera horrible; pero no hablemos de ello.

—Pues bien, otra podrá hacer que renazcan; darlas nueva y mas fuerte vida, convertirlas en realidades... No todas las mujeres son iguales.

—Todas, sí; todas son lo mismo.—No he conocido todavía ninguna escepcion.

—Y sin embargo existen, las hay.

—No será seguramente sobre la tierra.

—Perdono tu incredulidad porque respeto tu dolor.—¿Qué contestarias si yo te dijese que hay una mujer que te ama como las flores aman al sol, como una madre ama á su hijo, como los ángeles aman á Dios?

—Contestaria que esa mujer miente.

—No miente, Alberto. Yo la conozco y te aseguro que su amor es puro, verdadero.

—Se miente á sí misma, si es que no miente á los demás.

—A sí misma? No te comprendo.

—La mujer sabe calcular siempre, amar nunca.—Se me ocurre máscara que las mujeres seríais unas excelentes profesoras de matemáticas.

—Deja por Dios ese lenguaje, y hablemos con franqueza.—Te repito que hay una mujer que te ama con idolatría.

—Házme el obsequio de darla en mi nombre las gracias, y decirla que agradezco infinitamente su atención.

—Pero es que causarás su desgracia sino correspondes á su pasión.

—Pero si yo no puedo violentarme, máscara. Si en materia de amor yo soy ateo, porque no creo en las promesas de la mujer.

—No te digo que te ama con loca violencia, con ciego frenesí.

—Por el calor con que abogas por esa mujer que ha tenido la desgracia de fijar en mí sus ojos, me atrevo á sospechar que no es otra sino tú.

—Yo no he dicho todavía....

—Oh! si así fuese mucho tenias adelantado.

—Por qué?

—Porque tu voz ha sonado en mi oído consoladora, como en la del afligido navegante despues de repetidas borrascas suena la voz de tierra; dulce y gratísima como en el oído de la amante madre suena la primera palabra que sobre su regazo balbucea el hijo de sus entrañas.

—Será cierto?

—Sí, máscara. Ignoro que mágico poder tienen tus palabras que así han removido las que yo creía heladas cenizas de mi corazón. Desconozco la influencia que tu voz apasionada y melodiosa ha ejercido en mí; pero lo que es cierto, es que hace mucho tiempo que no conocia momentos tan gratos como estos que estoy pasando á tu lado; lo que te aseguro, aunque pese á mi orgullo confesarlo, es que parece que soy otro hombre, y que mi pecho principia á abrirse nuevamente á la esperanza.

—¡Oh! gracias, Dios mío, porque al fin mis deseos se verán cumplidos.

—¿Quién eres, máscara, que con tanta rapidez has trastornado mi juicio, y echado por tierra mis constantes deseos de venganza? Quién eres, que con tanta delicadeza has sacudido las ulceradas fibras de mi corazón, y has hecho que desapa-

rezcan los recuerdos de amargura y horror, que mujeres sin alma y sin fé grabaron con espantosa rabia en mi memoria? Dí, quién eres?

—Una mujer que se interesa por tí, Alberto. Una mujer que quiere borrar esas huellas de dolor que otras mujeres imprimieron en tu alma. Una mujer que quiere rejuvenecer tu vida, hacer que principies á conocer la verdadera felicidad, escondida para tí hasta hoy entre los férreos y nebulosos pliegues del infortunio.

—Oh! quién quiera que seas, máscara, yo te amo. Mujer ó vision, realidad ó sueño, ángel ó demonio, yo te amo; ágame tú también.

—Alberto!...

—Ágame, sí. No te conozco, no sé quién eres, pero ágame. Ignoro si Dios te ha presentado en mi camino para labrar mi dicha, ó para aumentar si mas es posible mi desventura; pero ágame, ágame, ángel de consolacion, de bondad y de dulzura.

—Pues bien, sí, Alberto; te amo, te amo, y este amor que es mi vida constituye mi felicidad.

—Y la mia también, porque este es el primer momento feliz de mi vida; la aurora risueña de un interminable día de paz y de ventura; el preludio gratísimo de una era que se presenta ante mi vista matizada de los mas bellos colores; la reconciliacion mia con la sociedad, esa sociedad miserable y egoista á la que mortalmente he aborrecido hasta hoy, y á la que desde este momento miro con cariño porque tú formas parte de ella.

—Alberto, Alberto!

—Oh! dices bien, sí; existen escepciones sobre la tierra, pero esas son los ángeles que como tú nos ha mandado Dios desde el cielo.

(Se continuará.)

PABLO ORTIGA REY.

VARIEDADES.

LA SEMANA SANTA EN ROMA.

En otra ocasion indicamos á nuestras suscriptoras, que la celebracion en la capital del Orbe Cristiano, en la grandiosa ciudad de Roma, de los Divinos Oficios de Semana Santa, á la que llaman *Gran Semana*, *Semana de indulgencias*, y *Semana penal*, es una de las solemnidades que mas cautivan la atencion de la Europa entera. Describamos rápidamente estas magnificas ceremonias, y con harto sentimiento, dejemos de hacernos cargo de la asombrosa *Basilica de San Pedro*, labrada en el terreno que ocuparon el Circo y los jardines de Ne-

ron, y que es á la vez la obra del catolicismo y del arte, un templo y un museo, cuya construccion costó al tiempo dos siglos, al pontificado ocho Papas, y al tesoro de todos los fieles mas de 800 millones de reales; tampoco nos detengamos á examinar el Obelisco de *Heliopolis*, de 963,537 libras romanas de peso, y de mas de 100 pies de altura, traído á Roma por Calígula, y alzado allí majestuosamente en el Pontificado de Sisto V por Domingo Fontana, acto que dió márgen al célebre *Privilegio de las Palmas*, que nos permitiremos reseñar.

Privilegio de las Palmas.—Sisto V quiso que en los siglos futuros brillase su memoria en la cúspide del coloso egipcio. Convocó á todos los arquitectos del mundo, recayendo la eleccion en el joven Fontana, que al parecer el día 10 de Setiembre de 1586, se presentó en la Plaza de San Pedro, al frente de 800 obreros, 150 caballos, y 70 máquinas. Sisto V que asistia á la maniobra, conociendo que un silencio profundo era necesario para que se oyese bien las órdenes del artista, hizo promulgar que seria castigado con la muerte el que profiriese la menor palabra. La inmensa columna se elevaba ya lentamente; jamás en medio de tan numeroso concurso reinó tanto silencio; pero el obelisco se detiene de repente, pues las cuerdas no estaban bastante tirantes para poder concluir la erección; entonces, entre aquella muchedumbre, se oyó la siguiente espresion: ¡*Acqua alle funi!* (mojad las cuerdas.) Era la voz de un marinero que sabia el efecto que produce el agua en las cuerdas. Fontana sigue el consejo del desconocido, y al poco rato el estruendo del cañon, de las campanas y del pueblo, anuncian el feliz éxito de aquella atrevida empresa. Preséntase el venturoso artista á Sisto V asiendo de la mano al marinero, y demandando el perdón de éste. No solo accedió el Pontífice á tan justa peticion, sino que al agraciado le dijo: *forma un deseo, y le verás cumplido*. El marino, no pensando mas que en su pobre familia, establecida en San Remo, pequeña poblacion de Génova, exclamó: *Santo padre, yo sé que las iglesias de Roma consumen el Domingo de Ramos una multitud de palmas; mi padre posee en la costa de Génova un bosque de palmeras; pido por único favor, que mi padre y todos sus descendientes gocen perpétuamente el privilegio esclusivo de vender las palmas á las iglesias de Roma para la solemnidad del Domingo de Ramos*. Modesta pareció á todos la peticion, incluso al Papa, que en el acto concedió el privilegio; mas no era por cierto tan corta la ambicion del joven, que algun tiempo despues llegaron á ser poderosos los propietarios de las palmeras de San Remo. Aun dura este privilegio, y al aproximarse la Semana Santa, los dueños de él, ya millonarios, dirigen á *Civita-Vechia* una flotilla cargada de palmas, de que se hace en Roma un consumo inmenso.

Domingo de Ramos.—La bendicion de las palmas se verifica por el Papa en la *Capilla Sixtina*, titulada así en razon á haber sido su fundador Sisto IV, adquiriendo una eterna fama en tiempo de Paulo III, por el fresco en que Miguel Angel pintó el Juicio final. Luego que se bendicen las palmas, principia la procesion, en la que van Escuderos, Procuradores, Generales, Capellanes secretos, Abogados consistoriales, Camarlengos, Abreviadores, Auditores de la Rota, Generales de todas las Ordenes religiosas, Diplomáticos, Carde-

nales diáconos, presbíteros y Obispos, con sus ornamentos blancos, bordados de oro, llevando en la mano una mitra blanca, lisa; oficiales de la Guardia suiza vestidos á la antigua con espada de dos manos, Conservadores, Senado romano, Gobernador de Roma, los dos primeros Maestros de Ceremonia, delante de la silla del Pontífice, adornados con las hermosas vestiduras que la Iglesia recibió de los primitivos pueblos; y por último, aparece el Padre Supremo de los fieles, conducido por doce escuderos con librea encarnada, que se llaman *bussolanti*, en una especie de andas donde está colocada la silla, y bajo un precioso pálio que sostiene ocho obispos, aparentan dar sombra á su verable cabeza, cubierta con las triples coronas, dos riquísimos abanicos de plumas, figurando los ojos de una cola de pavo real, que elevan al lado de su sólio, con una larga vara dorada, dos sacerdotes. Detrás marcha el Decano de la Rota, los Obispos existentes en Roma, el Tesorero, el Mayordomo mayor, los Protonotarios de honor, y cierran tan magnífica pompa los Guardias de Corps y la Guardia noble, compuesta toda de escogida juventud, y con el mas elegante uniforme militar. Celébrase la misa con notable solemnidad, y por aquel día quedan terminados los Divinos Oficios.

Miércoles Santo.—A las cinco de la tarde principian las tinieblas en la *Capilla Sixtina*, adonde hay que acudir vestido de etiqueta. Dadas las cuatro y media, van llegando los Cardenales con capas moradas, y detrás el Papa con capa encarnada, y mitra de sarga del mismo color, cuyas borlas y bandas sostienen dos Obispos asistentes al sólio pontificio. Entonada la antifona, *Zelus domus tuæ*, etc., el verso de los maitines, y dicho por el Papa el *Pater noster*, comienzan las lamentaciones, obra maestra del famoso Gregorio Alegri.

Jueves Santo.—Los oficios se celebran en la *Capilla Sixtina*, á la que asiste el Papa con mitra de moaré de oro, y capa blanca cerrada por el *formale*, que representa un Espíritu Santo en relieve, guarnecido de brillante pedrería. La hostia que se reserva para el día siguiente, queda depositada en un cáliz consagrado al efecto, de cristal de roca, rodeado de esmalte, con los doce Apóstoles cincelados en vermeil, y dos cercos de perlas. Distribuidas las velas, interin concluye la misa, á los que han de asistir á la procesion, terminada ya aquella, revestidos los Cardenales en el mismo asiento que ocupan en la Capilla, colocados todos por su órden á lo largo de la escalera que conduce á la Basilica, y puesta en marcha la procesion en igual forma que la del Domingo de Ramos, el Sumo Pontífice á pié, y con la cabeza descubierta, lleva la Santa Eucaristía bajo un hermoso pálio, cuyas varas sostienen ocho Obispos con las mitras en las manos, hasta la *Capilla Paulina*, iluminada con 567 grandes candelabros. Allí, el primer Cardenal diácono, toma el cáliz, y sube á colocarlo en el grandioso Monumento construido por los dibujos de Bernin. Finalmente, puesto el Pontífice en la *Tribuna de la bendicion*, que es el balcón del centro de la fachada de San Pedro, bendice al pueblo, y en seguida se procede al lavatorio ó mandato, en una sala ricamente decorada, en la que se vé un notable tapiz representando la Cena, de Leonardo de Vinci. Trece Apóstoles, que son sacerdotes ó diáconos, y

los eligen, segun antiguas preeminencias para esta ceremonia, los Embajadores de Francia, Austria, España y Portugal, el Cardenal Secretario de Estado, el Cardenal Camarlengo, el Mayordomo Mayor, el Cardenal prefecto de la propaganda, el Capitan de los suizos, y el Cardenal protector de los Armenios; vestidos de sotana de lana blanca, un gorro en forma de capuchon, y con el pié derecho desnudo, esperan al Papa, el cual de rodillas, lava el pié de cada Apóstol, le entrega un ramo, y luego recibe de manos del Tesorero una moneda de oro y otra de plata. Terminado el lavatorio, los trece Apóstoles pasan á uno de los salones del *Vaticano*, donde el Pontífice les sirve una suntuosa comida; guardando para sí los honrados con este convite, los cubiertos de plata, y toda la vajilla, que es de loza alemana, como regalo que se les hace. Otro banquete mucho mas espléndido, se dispone en este día en el *Vaticano* á los Cardenales, al que acuden con *mozzetta* morada, pero sin asistencia del Papa, por ser de rigorosa etiqueta el que coma siempre solo. Por la tarde se cantan los maitines en la *Capilla Sixtina*, y en una de las colaterales de San Pedro. Entre tanto, se verifica en esta Basilica el lavatorio del grande altar, por doce Canónigos, para lo que se preparan siete *ánforas* de plata llenas de vino, siete toallas y siete esponjas, mientras se enseñan á la multitud las reliquias de la verdadera Cruz, el lienzo de la Santa Verónica, y la lanza con que fué atravesado el costado de Cristo: y en la *Iglesia de la Trinidad de los Peregrinos*, hay gran concurso, así como el Sábado Santo y Domingo de Pascua, para presenciar la hospitalidad que durante tres días se dispensa gratuitamente en este Convento á cuantos peregrinos van á Roma, siendo asistidos y servidos por los Obispos y personajes de la nobleza romana. En otro tiempo, en la noche del Jueves Santo, se suspendía delante del altar mayor de la *Basilica de San Pedro* la *Cruz de fuego*, que recibía este nombre por ser de metal dorado, iluminada con 340 candelas, que despedían inmensos resplandores. Leon XII en 1824 dispuso cesase este espectáculo, pues daba márgen á no pocas irreverencias.

Viernes Santo.—El altar mayor de la *Capilla Sixtina*, donde se celebran los Oficios de este día, despojado de todo adorno, solo contiene la cruz cubierta de un velo negro, entre seis velas apagadas de cera amarilla. Llegado el Papa, con mitra blanca, lisa, sin bordado alguno, y capa negra, se coloca en su trono, y los Cardenales vestidos con mantos morados, pasan á prestarle obediencia, que consiste en besarle su sandalia. En los Oficios, despues del canto de la pasion de San Juan, se verifica la adoracion de la Cruz por el Pontífice y los Cardenales, y seguidamente la procesion para retirar la santa Eucaristía del Monumento. Los capuchinos, los recoletos y los jesuitas, predicán en este día en diversas calles y plazas de Roma. Uno de los sitios mas concurridos por la tarde es la *Scala Santa*, situada en una estremidad de la Plaza de San Juan de Letrán. Bajo un elegante pórtico, construido por Fontana en tiempo de Sisto V, se encierra entre dos escaleras, que están en la misma línea, una tercera de veinte y ocho escalones de mármol blanco forrados de bronce, trasportada de Jerusalem, y que se dice ser la de Pilatos, que Jesucristo subió. Al final de dicha escalera, sobre

una plataforma, está la antigua capilla doméstica de los Papas, nominada de San Lorenzo, llevada allí por orden de Sisto V.

Sábado Santo.—Los Oficios divinos de este día son por la corte del Papa en la *Capilla Sixtina*; pero la gran función es en la *Basilica de San Juan de Letrán*, título que recibe por haber sido edificada en 324 por Constantino, en las ruinas del *Palacio Laterano*. Esta iglesia es la *Catedral de Roma*, y uno de los tres grandes templos de la referida ciudad, siendo los otros dos el de *San Pedro* y *Santa María la Mayor*. En medio de la espaciosa plaza de *San Juan de Letrán*, se alza el obelisco de mas dimension que salió de las canteras de Egipto, cuya altura es de ciento cuarenta y tres pies, el mas antiguo monumento del mundo, pues su fecha es de cerca de dos mil seiscientos años. Antes de principiar la misa, el clero de la *Basilica de San Juan* va al *Baptisterio*, que es un edificio aislado á la inmediacion de esta iglesia, en el que fué bautizado Constantino, y el Cardenal, vicario del Papa, bendice la fuente bautismal, operacion que ejecuta despues con el agua, el fuego nuevo y los cinco granos de incienso destinados al Cirio Pascual, cuando celebra los Oficios en la espresada *Basilica*. Al entonar el *Gloria in excelsis*, el ruido de las campanas atruena á Roma, la ciudad de las magníficas *Basilicas*, de las 300 iglesias y de los 2,000 conventos. Por la tarde, al sonar las siete, el Patriarca de los armenios católicos celebra una misa solemne en el templo de esta nacion, en que ostentan los bellos ornamentos orientales, y lo respetable de sus ceremonias. Para festejar el fin de la Cuaresma, los romanos disparan bombas artificiales, tiros y petardos, y adornan ademas con flores las carnicerías y salchicherías, colocando en el fondo un altarito con una imagen rodeada de muchas luces.

Domingo de Pascua.—Luego que penetra en la iglesia de San Pedro, por la puerta principal, cercana á la *Capilla de la Pietá*, la misma procesion, y en igual forma que el Domingo de Ramos, el Soberano Pontífice doblada la rodilla delante del altar, mirando á la citada puerta del templo, por hallarse colocado al uso de la primitiva Iglesia, vuelto al Oriente, hace una corta oracion, principia la misa, y poco antes de terminarse, recibe en su cuerpo, en el altar, el pan eucarístico, y bebe parte de lo contenido en el cáliz, consumiendo el resto el Decano de los Cardenales Presbíteros: sitúase despues en la *Tribuna de la Bendicion*, y bendice al pueblo. Por la noche se ilumina de repente la cúpula de la Iglesia de San Pedro, su fachada, y la doble columnata de la *Plaza del Vaticano*, á la señal de varios cañonazos disparados en el *Mausoleo de Adriano*, hoy *Castillo de San Angelo*, desde donde se lanza tambien un inmenso artificio de pólvora, que consta de 16 lados, cada uno con 4,500 cohetes, y á que se da el nombre de *Girandola*.

ENRIQUE DEL CASTILLO Y ALBA.

MODAS.

Cada época del año tiene sus modas especiales, así como cada estacion sus flores. La violeta

que inaugura la primavera simboliza la modestia que debe ostentar la juventud, y esta virtud caracteriza tambien las tendencias de la Moda en las festividades religiosas.

Con una temperatura deliciosa, y con la compostura y recogimiento peculiar del pueblo español, ha celebrado el de Madrid las funciones de la Semana Santa. El lujo con que se han presentado las madrileñas estaba en armonía con la santidad de estos días, y modesto en sus formas y colores, solo se percibía por el perfume de su buen gusto y riqueza.

Dejando aparte su descripción, que nada tendría de nuevo para nuestras lectoras, les daremos alguna ligera idea de trajes á propósito para los soares y funciones teatrales que deben tener lugar en estas Pascuas.

Es el primero un vestido de grós ó raso color de lila, de cuerpo abierto por delante, y escotado por detrás, pero en forma de chaqueta entallada, cuya vuelta á manera de berta se continúa en la aldeta, adornada de unas disposiciones de cuadros al biés, guarnecidos de puntilla negra, y en su centro, un follado de tul negro: esta guarnición se repite en los volantes. Una camiseta de tul, con volantes de encaje atravesados, cubre la abertura del pecho.

Otro traje mas vistoso, y á propósito para bañile, recomendaremos á nuestras lectoras. Es de grós blanco, de cuerpo escotado, y guarnecido de una berta armada sobre un tul engomado, y que se compone de tres afollados de tul, cogidos en el hombro por lazadas de cinta color de rosa, con filetes negros: la berta baja en punta por delante, disminuye su ancho en el hombro, y queda redonda por detrás: el volante de blonda que la guarnece va recogido en el hombro por un lazo de cinta con cabos largos. Del talle nace una túnica de encaje ó blonda blanca, de sesenta centímetros, recogida por flores color de rosa, con estambres negros: estos ramos que se componen de tres flores cada uno van dispuestos dos por delante y uno á cada lado, quedando suelta la túnica por detrás. Sobre una falda de tul, y desde donde termina la túnica, se colocan cinco afollados de tul, cogidos con abrazaderas de cinta como los de la berta.

En el grabado de Modas que repartimos con este número, encontrarán nuestras lectoras lindos modelos de cofias, mangas, fichús y camisolines.

AURORA PEREZ MIRON.